NUMERO 4. DOMINGO. 18 DE JUNIO DE 1848. PRIMER AÑO.

EL CUPIDO,

PERIODICO SEMANAL

DE

LITERATURA, POESIA Y MODAS,

DEDICADO

AL BELLO SEXSO.

PRECIOS DE LA SUSCRICION:
En Madrid por un mes
8 rs.

Se suscribe en Madrid, en la *Imprenta de D. Fernando de Casa-nova. Calle de la Ballesta núm. 4 cuarto pral.*
En Provincias.
En todas las administraciones de Correos.

PRECIOS DE LA SUSCRICION:
En Provincias por tres meses
30 rs.

LOS ZELOS

ARTICULO, CAPITULO Ó PENSAMIENTO 2.º

¿Quién es el mortal venturoso que no ha sentido los afilados dientes de los celos, semejantes á los del tigre de los vastos yermos del Africa desgarrar su corazon?..... El inocente infante, la cándida doncella cuyo corazon como el cerrado capullo de una rosa no se ha abierto á la luz del sol, para recibir la vida y la muerte con sus rayos; y si fuera posible que dos corazones pudieran amarse en un mismo grado, tal vez desconocerian tambien ese tormento infernal que hace hervir la sangre en las venas y que oprime el pecho con su mano de hierro, pues teniendo reciprocamente una gran confianza en sus respectivos afectos, tendrian fé, y el que tiene fé, no está muy lejos de la felicidad.

Suelen confundirse los celos con la envidia, asi cuando decimos M..... tiene celos de F..... padecemos una equivocacion grande, no son celos es envidia; porque aquella persona hace que padezca con su superioridad el amor propio, bien porque sea mas bella, mas elegant ó tenga mas talento que la otra.

Los celos suelen ser un recurso para los amantes noveles y los necios, para esos que tienen *novia* solo por decir á sus amigos, fulanita se muere por mi. Sin el recurso de los celos, pregunto yo á toda persona dotada de alguna sensibilidad, ¿qué serian esos angelitos terráqueos? Serian un jardin sin flores, un baile sin orquesta, un pastor sin rebaño, una i sin punto, en fin, nada: sin los celos no sabrian en que emplear los instantes que pasasen prócsimos á su amada, pues careciendo del talento y la instruccion suficiente para sostener una conversacion que sea interesante y natural, sin que peque en pesada y ridícula, les sirven como de perilla para fastidiar á la inocente y cachazuda víctima de su tontería con su importuna fraseología.

Los celos se apoderan y hieren mas fuertemente al corazon del hombre que al de la muger, es decir, dos hombres aman á una misma

Biblioteca Nacional de España

(ó vice-versa) uno es favorecido y otro desechado, y como suele suceder, el que mas ama ocupa el segundo lugar; este tiene celos que participan de la envidia, del odio, del amor y la desesperacion; y llevándola hasta el último estremo pierde el juicio ó se suicida: la muger se venga si puede cruelmente de su rival y en esto encuentra un consuelo... luego olvida.

Los celos, como todas las afecciones del alma y el corazon, tienen mil fases diferentes, mil fenómenos estraordinarios que varian segun el caracter ó educacion de la persona celosa

.Una niña inocente, por ejemplo, los siente en su primer amor y llora y sufre en silencio sin confesárselos á su amado.

Una muger amenaza, grita y se desespera.

Ni los filósofos de Europa ni los de las demas partes del mundo, conocidos con los diversos nombres de *gimnosofistas*, *bracmanes*, *fakires*, *magos* & ni ningun otro mortal por sabio que sea, podrá hacer su definicion con exactitud.

Los celos han ennoblecido á muchos corazones y han envilecido á otros; los celos han hecho cometer crímenes horrendos á personas sabias y virtuosas, han roto mil veces las leyes de la naturaleza y hecho á los padres verdugos de sus hijos y á los hijos asesinos de sus padres...

Los celos suelen ser como una nube cargada de electricidad que dura un momento; pero suficiente para convertir en cenizas y en ruinas el frondoso jardin, el bosque centenario, la linda choza y el antiguo y fuerte castillo.

Esa horrible pasion (si se le puede dar este nombre) es uno de aquellos misteriosos tormentos del alma que la despedazan, que nos hacen aborrecible la ecsistencia, que tiñen con colores sangrientos é infernales todo cuanto nos rodea, que impiden que penetre un rayo de luz y de alegria hasta nuestro corazon y escriben sobre nuestra frente un terrible anatema, que hacen huir las mas risueñas ilusiones y que deshacen y convierten en humo las mas firmes esperanzas, en fin, uno de esos estraordinarios dueños del alma cuyo influjo sentimos, sin comprenderlo.

J. Jacobo de Fuentes.

LA FLOR DE LA ISLA.

(RECUERDO)

Por Juan Jacobo de Fuentes.

1.°

—¿Cuál?

—Esa muger cuyas miradas enloquecen y que cuando sonrie, parece que sonrie tambien toda la naturaleza.

—Esa es Luisa, la Condesa de G. . .

La voz de Pablo al contestarme espresó un odio tan profundo, tanta amargura, que no pude menos de mirarlo fijamente; y como si la mirada mia hubiese sido una pregunta, contestó á ella diciéndome:

—La detesto Mácsimo. . .

—¿Y por qué? le pregunté sorprendido.

—Porque esa muger tan hermosa tiene el corazon de una fiera. . . porque se complace en sembrar remordimientos y en hacer desgraciados,. le ha robado su rostro á un angel para vestir el alma de un demonio. . .

—¿Sabes su historia?

—No: voy á contarte un hecho solo y aislado, pero suficiente para juzgarla.

—Ya te escucho.

Mas antes de continuar debo decir á mis lectores, y sobre todo á mis amables y bellísimas lectoras, en qué punto del Globo tuvo principio este diálogo y pasaron los sucesos que voy á referir.

Seguidme sin titubear, porque al punto donde quiero conduciros, es uno de los mas hermosos de la tierra: es á Cádiz.

A esa ciudad orgullo de España, tan envidiada de los estrangeros: á esa ciudad que ocupa en nuestra historia un sitío tan honroso, cuna de la libertad y de la civilizacion española: á esa ciudad Eden de Andalucía, reyna del mar, y que parece haber nacido como Vénus de su espuma.

Allí en una hermosa tarde del mes de Mayo, cuando el Sol prócsimo á su ocaso doraba con sus últimos rayos, sus azoteas coronadas de flores, la cúpula de su Catedral y las cimas de sus torres y campanarios, envolviéndose poco á poco en un manto de pintadas y brillantes nubes y sumergiéndose al parecer en el mar; y cuando una brisa fresca y suave rizaba dulcemente las olas, que venian con rápida carrera empujándose unas á otras hasta chocar contra la muralla, bañándola con su espuma y formando un ligero murmullo; y los *faluchos*, las *escampavias*, los *místicos*, las *parejas* de pescadores y una infinidad de barquillas de todos tamaños, cuyas pequeñas velas triangulares, parecian á lo lejos las alas de una gaviota azotando la superficie del mar, iban ó venian de Puerto-Real, de Rota

Biblioteca Nacional de España

ó del Puerto de Santa Maria cruzándose en todas direcciones y formando mil caprichosos giros: cuando la bahia de Cádiz presentaba un cuadro tan sorprendente, tan magnífico, que no es posible que la pluma lo describa, ni el pincel lo retrate esactamente, entonces hubierais visto entre la multitud de hermosas y elegantes gaditanas que se paseaban sobre la muralla, á la bella Condesa de G. . . y si luego dirigiais un poco mas lejos vuestras miradas, hubieseis visto tal vez á los dos individuos que tan romancescamente empezaron el anterior diálogo, siguiendo con la vista las ondulaciones del vestido de Luisa.

—¿Antes de marchar á la Habana, conociste á Leon del Monte, ó por lo menos oiste hablar de él alguna vez? me dijo Pablo.

—No una, sino veinte veces: todos decian que era muy rico, muy buen mozo y qne tenia mucho talento, ya ves que un jóven que poseia tantas y tan buenas cualidades no podia dejar de ser nombrado con frecuencia.

--Pues bien. querido Mácsimo; la nobleza de su corazon, su generosidad, su espiritualismo y la elevacion de sus ideas. eran otras tantas cualidades que le hacian mas digno de la estimacion general. Sus defectos principales consistian en ser algo arrebatado, en dejarse arrastrar con facilidad por sn corazon y en no reflecsionar algunas veces todo lo necesario; por lo demas era un amigo frany leal y el único por quien yo hubiese perdido mil veces la vida.

Guardó Pablo por un instante silencio y luego continuó de este modo:

«Cuando vino la Condesa á Cádiz, despues de la muerte del Conde de G. . . Leon amaba con el delirio, el entusiasmo de aquella alma ardiente y vigorosa á una jóven del pueblo, á una modista; criatura tan encantadora, que sus compañeras por su hermosura, su candor y porque era natural de la Isla de Leon, la llamaban *la flor de la Isla.*

Los ojos negros, grandes y brillantes de Maria (este era su nombre) no sabian fingir, su corazon inocente y puro era incapaz de doblez, y correspondia al amor de Leon con tada la fuerza de su alma. Su amante le habia jurado mil veces bajo los frondosos emparrados de la Plaza de Mina, y entre los jardines de la Alameda un amor eterno, y élla sencilla y pura creia que un juramento no se olvidaba jamás.

La Condesa, viuda y rica, empezó por abrir los salones á la juventud gaditana y por dar bailes magníficos. Sus modales aristocráticos, su hermosura y talento la hicieron ser la muger á la moda y el catálogo de sus adoradores era inmenso.

Leon fué presentado á la bella viuda, y para el guardó su mas espiritual mirada y su mas seductora sonrisa: tal recibimiento trastornó sus ideas, é hizo palpitar fuertemente su corazon.

La Condesa es coqueta, una verdadera coqueta, pnes no todas las que aspiran á serlo pueden conseguirlo; porque es necesario que tengan mucho talento y mucha hermosura; Luisa tiene uno y otra. No se enamoró de Leon porque su alma es incapaz de comprender el amor, ó por lomenos incapaz de sentirlo; pero Leon era el jóven mas rico, mas elegante y bello de Cádiz y por consiguiente era indispensable qne fuese su esclavo. Tanto mas grande era su deseo, cuanto que del Monte se habia adquirido la fama de ser un hombre escéntrico y estraordinario. Para conseguir una victoria completa uso de todas sus armas de seduccion; la consiguió, y seducido Leon por esa muger, que sabe dar con tanta facilidad á sus ojos de un azul sombrío, la espresion de la ternura, de la inocencia, del misterio y de la pasion mas ardiente, olvidó poco á poco á Maria, y su imágen ocupó un lugar mas pequeño en su corazon y su mente.

(Se continuará.)

UNA JUSTICIA

DEL

REY D. PEDRO.

(PRIMERA PARTE.)

(Continuacion.)

Por este tiempo en Castilla
A conoceros llegué,
Y tambien hareis memoria
Qne mi aventura os conté.
Así que alcancé licencia,
Cabalgadura tomé
Saliendo para esta Villa
El pecho lleno de hiel.
Llego, y me encuentro que es farsa
Cuanto decia el papel,
Volviendo á mi amado dueño
Mi cariño con mi fé.
Seguí amando á la muchacha,
Y ella á mi, y aunque traté
Averiguar de ella misma
La verdad, nada saqué.
Ya hace tres meses y medio
Que de la guerra torné,
Y nada sé que haya habido
De amor con mi amada Inés.
--Pues sois dichoso, Don Diego;
Y á mi me engaña la infiel
Cuando por ella. . . .

Biblioteca Nacional de España

--Eh! qué diab os!
Mugeres hay mas de diez
Que os consolarán.
--No, amigo,
Mi corazon es de Inés,
Y luego, qué se diria
De mi valor y mi prez?
Dirian que por cobarde
Cedí el campo.
--Y no sabeis
Aun donde vive?
--Sí, amigo,
Si está donde la dejé.
Si gustais podemos ir,
Y compañia me hareis.
—No pensais en ver la fiesta?
--Otro dia la veré.
--Vamos pues, señor Don Juan.
--Contad conmigo, Garcés.--
Y esto diciendo, los dos
Se alejaron del vaiven
De la gente, y se marcharon
Para nunca mas volver.

II.

Una casita de modesta hechura,
Aislada muestra su caduca frente,
En un llano cubierto de verdura
Y á orillas de un arroyo transparente.
Mas aunque pobre, tiene por adorno,
Lirios, jazmines, rosas y arrayanes,
Despidiendo su aroma de ella en torno
Los cálices de rojos tulipanes.
Una muger allí, jóven y hermosa,
Goza aunque triste de belleza tanta,
Mas su rostro marchito cual la rosa
Espresa la afliccion que la quebranta.
Y ni es bastante á mitigar su llanto
Los perfumes que vuelan de las flores,
Ni de natura el celestial encanto,
Ni los trinos de alegres ruiseñores.
Solo sabe llorar, su desconsuelo
Remedio no halla en cuanto ven sus ojos,
Y llenos de dolor los alza al cielo
Pidiéndole al señor piedad de hinojos.
Asi su vida pasa desgraciada
La bella Inés, pues ella es la que llora,
Por D. Diego y D. Juan abandonada,
Hermosa y sin amor, flor inodora.

Y era digna de consuelo,
La infeliz Inés nacida,
Pues un martirio es su vida,
Su hermosura un torcedor.
Ella se acusa de frágil,
Ella maldice su suerte,
Ella demanda la muerte,
Cual remedio á su dolor
Sola con vieja achacosa
Vive olvidada del mundo,
Sumida en dolor profundo
Que marchita su ecsistir.
Ni de Diego tiene amor,
Ni de Don Juan tiene el pecho,
Uno y otro en su despecho
Buscan término al vivir.
De alli los dos hasta el campo
Salieron á acuchillarse
Con rencor, hasta matarse
La verdad al entrever.
Y al campo vecino fueron
Uno tras otro irritados,
Y de celos abrasados
Van á morir con placer.
En vano Inés con sus ruegos
Trató contener su furia,
Solo recibió la injuria
De perjura y desleal,
Y Diego al suelo la echó
Con un brusco movimiento,
Saliendo del aposento
Seguido de su rival.
Y quedóse sola Inés
Maldiciendo su destino,
Sin hallar ningun camino,
A impedir el duelo cruel.
Llora, maldice, se queja,
Y grita á los dos rivales,
Y en quejidos desiguales
Lanza del pecho la hiel.
En vano la vieja dueña
De aliviarla trata, en vano,
Que mas se aumenta el insano
Dolor en su corazon.
«Dejadme llorar, Beatriz,
Le dice Inés á la dueña,
Que á llorar el mal enseña,
Nos dice bien la razon.
Callóse la dueña pues,
Y volvió á llorar la bella,
Y era digna la doncella
De interés por su dolor.
Vió volar sus esperanzas,
¡Ilusiones hechiceras!
Tristes y locas quimeras
De un mentido y falso amor!

III.

—Don Juan, ¡por Cristo reñid!
—Teneos, Don Diego.
—Nada!
O aqui sacais vuestra espada,
O sino vais á morir.
--Pero escuchadme.
--No cedo.
--Yo renuncio á mi esperanza.
--Defendeos sin tardanza
Que mas plazo no os concedo.!

Biblioteca Nacional de España

--Pues que forzado á ello estoy
Reñiré, pero sin furia.
—A mi me basta la injuria
Y á vengarla aqui hora voy!
Esto Don Juan y Don Diego
En el campo se decian
Espada en mano los dos
Para arrancarse la vida.
Pues ambos balientes son,
Y bien lo sabe la villa,
Pero Diego mas que el otro
Furias su boca vomita.
Don Juan se niega á reñir
Dando razones prolijas,
Mas Don Diego de este modo
Con su contrario se esplica.
--Vive Cristo que si vos
No reñis, Don Juan, ahora,
Aquesa lengua traidora
Pedazos haré, por Dios!
--Pero que saña en vos arde
Que me admira contra mí?
--Y lo preguntais así!
Por Dios, que sois un cobarde!
--Eso no! reñid, Don Diego,
Y probareis lo contrario
Hombre loco y temerario.
--Empezemos desde luego.
Y al punto los dos se embisten
Con furia y con osadía,
Sin cejar Don Juan un palmo,
Don Diego clavado lidia.
Un tajo sigue á otro tajo,
Y en el estoque la vista
Siempre fija de los dos
Sigue de aquellos la pista.
Mas en vano ni uno ni otro
Tratan de acabar su vida,
Que la destreza esta en ambos
Con el valor repartida.
Mas lo que en destreza no
Le lleva Don Diego en ira
A Don Juan, que ya flaquea
Y su conlrario va encima.
En lo mas encarnizado
Del combate, Diego inclina
La punta de su ancho estoque,
Dando lugar con malicia
A que Don Juan se tendiera,
Y apenas lo hizo, perdida
Fué por los aires su espada,
Y en el acto Diego aprisa
Tiró de la suya fiero
Y le tendió allí sin vida,
Ganando por la traicion
Lo que no por bizarria.
Limpió la daga el traidor,
Y con faz torva, amarilla,
Contempló un rato el cadáver
Con diabólica sonrisa;
Luego embainó espada y daga
Y traspuso la colina.

IV.

Sola estaba Inés llorando
Sus infortunios y penas,
Cuando oyó cercano un ruido
La infortunada doncella.
Levantóse entristecida
Del asiento á ver quien era,
Y en el instante en el cuarto
Un hombre estaba con ella.
Lanzó un grito la infeliz,
Y al mismo tiempo « perversa »
Se oyó pronunciar al hombre
Que asido la hubo con fuerza.
Diego habló, respondió Ines
Entre aflijida y resuelta,
Y asi los dos continuaron
Hablando de esta manera.

Diego.

Los cielos saben, muger,
El amor que te tenia
Y con una felonia
Has pagado mi querer.

Ines.

Diego, si fuí debil yo,
Tu solo la causa has sido,
Tambien tu, diste al olvido
El amor que Inés te dió

Diego.

Cesa, ingrata, desleal,
No blasfemes, fementida,
Tu has amargado mi vida,
Tú, la causa de mi mal
Por tí á Don Juan he matado,
Por tí asesino yo he sido,
Por tí, muger, fementido
Sangre humana he derramado!

Inés.

Le mataste!

Diego.

Le maté!

Inés.

Asesino! y ann se atreve!

Diego.

Solo por tí he sido aleve,
Por tí venganza juré.
Y esa sangre derramada
Tu pagarás, maldecida,
Y pues pecaste atrevida,
Sufre el castigo, menguada.—
Y esto diciendo en su pecho
Hundió el acero su diestra,
Huyendo de aguellos sitios
Donde á Inés dejó por muerta.

A. Sierra y L.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Biblioteca Nacional de España

UNA AVENTURA NOCTURNA.

CAPITULO I.

El sol acababa de ocultarse en una hermosa tarde de verano, cuando un jóven algo bien parecido, y de semblante melancólico, se dirigia á pasos apigantados hácia el paseo del Botánico. Llevábale allí la belleza mas que humana de una jóven como de hasta diez y seis abriles fresca y lozana como una flor. Llegado que hubo al paseo, comenzó á buscar con ávidos ojos por todos lados el objeto de su cariño; y ya casi desconfiaba de encontrarle, cuando dijo para sí con regocijo: «ahí está.» Efectivamente; sentadas cada una en su silla, estaban la mamá y la hija, pues hay que advertir que la jóven no se separaba nunca de su adorada mamá. Era esta una señora de 30 años; hermosa, fresca, de tez limpia y sonrosado color. Viuda á los pocos años de casada, quedábale todavía el gérmen del amor en su pecho, pues ademas de ser aun jóven, era apasionada un si es no es del secso fuerte. Habíala flechado el galan que rondaba á su hija, y se las prometia muy felices ya de antemano, creyéndose, (y no sin fundamento) que solo por ella iba el jóven al paseo.

Al divisar ambos al susodicho galan, esclamaron interiormente: «que interesante es» De suerte que el jóven sin saberlo era el objeto de dos adoraciones codiciadas por algunos, pues la hija era lindísima, pero la madre.... ¡Oh! la madre era *positivamente* encantadora.

—¿Has visto al mocito de ayer? decia la viuda á la hija.

—No, mamá.

—¿No es verdad que tiene arrogante figura?

—Bah! no se la encuentro yo, dijo la niña; y mentia al decirlo, pues solo era una ficcion: tanto le asustaba que su mamá se enterase que ya amaba al interésante jóven.

—¿Conque no te gusta?

—A mí, no.

—Es estraño.

—¿Y por qué? contestó la jóven: ¿no amamos muchas veces nosotras las mugeres á hombres con los que la naturaleza ha sido madrastra? ¿Y se les quiere menos por eso? No: porque el amor verdadero se enjendra con el amor, pero no fructifica si no hay semilla.

—Me has convencido, hija mia, dijo la madre sonriéndose.

A todo esto, nuestro hombre estrujaba entre sus dedos un billete amoroso que consigo llevaba, con la noble intencion de ponerlo en manos de la muchacha; pero ademas de ser un poco tímido, no habia ocasion tampoco para realizar tan arriesgada empresa. A la derecha de la muchacha habia otras personas sentadas, y por la izquierda solamente estaba desocupado el terreno. Largo rato anduvo vagando por detrás y por delante de éllas, hasta que armándose de valor díjose á si propio:

«Pues señor, audacia y adelante.»

Y se fue con mucha impavidez derechito al sitio que en la izquierda y junto la mamá se hallaba desocupado. No carecia el jóven de algun valor aunque poco ciertamente, sin embargo de ser bastante corrido como vulgarmente se dice; así es que á la primera ocasion oportuna que tuvo, zas! entabló la conversacion siguiente con madre é hija.

—Señora, esclamó dirigiéndose á la madre: V. dispensará que me tome esta libertad, pero la he oido nombrar á Cádiz y desearia saber si ha estado V. allí.

—Y qué puede interesarle á V. el que yo haya ó no estado, caballero? contestó la viuda con una voz tan dulce que enamoraba oirla.

—Señora, contestó el jóven; desearia saberlo.

—Pues bien, no he estado.

—Usted me dispensará: se parece V. tanto....

—¿A quién?

—A una jóven que conocí allí....

—¡Vaya! ¿Y me equivocais con ella á mí? ¿Pues no veis criatura que yo no soy ya jóven, sino vieja?

—Os chanceais, señora. ¿Vieja V.? Por mi vida que si todas las viejas preecsistentes en Madrid se os parecieran, adios, jóvenes todas.

—Sois muy lisongero.

—V. sabe que la lisonja es nula al lado de V. teniendo esos ojos y ese rostro: ¿qué mas lisonja que eso? esclamó el jóven con refinada galanteria, pues ideó, y lógicamente, que enamorando á la madre conseguiria el cariño de la hija.

—¿Con qué ha estado V. en Cádiz? preguntó la viuda eludiendo la cuestion entablada.

—Si señora, y pasé á América desde allí.

—¡Hola! ¿Ha estado V. en América? ¿Y qué le ha parecido á V. el mar? Dicen que es una cosa que causa la admiracion mas profunda....

—Ciertamente, señora, que el mar causa admiracion y todo cuanto hay que causar. Quien ha visto el mar no puede menos de creer en Dios *materialmente* hablando.

—¿Tanto os ha entusiasmado?

—Señora.... me ha petrificado, me ha cambiado totalmente. ¡Si supiérais las noches que yo pasaba sobre el costado del buque contemplando aquel *espejo* tan admirable de la mar; aquellas ecsalaciones fosfóricas, rápidas como el pensamiento; aquel murmullo lento y acompasado de las olas estrellándose en los costados de la nave.... ¡Oh, para mi tenia tantos encantos!

—Lo pintais de una manera....

—¿Y cuando la noche retiraba su negro manto? ¿Cuando el crepúsculo de la mañana alboraba el Orizonte, y poco á poco veia salir del centro de la mar, (tal parecia) el rubicundo sol dando vida á aquel cuadro tan sublime de la naturaleza? Jamás se

Biblioteca Nacional de España

apartarán de mi memoria aquellos recuerdos, jamás.

—¿Qué tienes, Julia? preguntó la viuda á su hija que no cesaba de mirar al jóven siempre que su mamá no la miraba.

—Yo no tengo nada, mamá.

—Vamos, tú lo que tienes es gana de irte.

Efectivamente, creia de buena fé la madre que estaba incómoda allí su hija.

—Vaya, vámonos, pues son las nueve y media; dijo mirando el reloj.

—Como quieras, mamá, contestó Julia.

Y todos tres pusiéronse en marcha.

(Se continuará.)

EL AMOR Y LA AMISTAD.

En bella tarde florida,
Antes de ocultarse rojizo
Tras el monte purpurino
El sol, dejando el sendero
Que recorre muy á espacio
De colores mil diversos,
Formando caprichos raros
En la esfera sus reflejos,
Dos figuras, niños ambas
Y de semblantes risueños,
Del crepúsculo á la luz
Veianse sobre un cerro.
A los dos los separaba
Abismo sin fin, horrendo,
Que en medio de la anchura crece
Con su mano altera el tiempo.
Vestía un traje la una
Talar, de severo aspecto,
Y sobre su blanca frente
Caían blondos cabellos
Desparramados, sin órden,
Y de aquella al lado opuesto
Veíase una corona
De verde oliva; su seno
Era de nieve, argentado,
Y una sonrisa de cielo
Completaba las bellezas
Que dióle Dios; un letrero
En muy bellos caractéres
Reverberaba en el centro
De su frente nívea, cándida,
De mil rubíes compuesto.
Y en él decía: «Amistad»
Del desdichado consuelo,
Alivio para el dolor,
Y para el malo consejo.
Era la otra figura
Un niño todo embeleso,
De sereno y limpia frente
Y de semblante risueño.
Calzaba sandalias de oro,
Y pendiente de su cuello
Lleno de menudas flechas
Llevaba carcaj ligero.
Larga y rubia cabellera
Flotaba al manso viento,
Y de gasa sus dos ojos
Los cubría blanco velo.
Ambos á dos se miraban,
Y ambos á dos en sus puestos
Cual dos figuras fantásticas
Se veian sobre el cerro.

EL AMOR.

Dime, ¿qué buscas aquí,
Niña bella cual ninguna?

LA AMISTAD.

¿Y qué feliz fortuna
Te ha traido junto á tí?

EL AMOR.

Si no me mienten mis ojos,
En letras como corales,
A través de estos cendales
Que solo me dan enojos,
La «Amistad» en tí leyeron.

LA AMISTAD.

Y si á mí no me han mentido,
En tí, niño, he conocido
Al «Amor.»

EL AMOR.

No te mintieron.
¿Y qué pretendes decir
Al Amor?

LA AMISTAD.

Nada le digo,
Porque de mí es enemigo.

EL AMOR.

¿Te quieres conmigo unir?

LA AMISTAD.

No puede ser que los dos
Sigamos igual camino,
Porque contrario destino
Nos ha señalado Dios.

EL AMOR.

¿Pues no es la Amistad de Amor
Intima hermana?

LA AMISTAD.

No, niño,
Porque aquella dá cariño,
Y el otro es de ella traidor.

EL AMOR.

¿Y por qué si amistad dás,
No dás amor, desdichada?

LA AMISTAD.

Porque no hay pasion honrada
Donde reine la «Amistad,»
De la amistad al amor,
No hay mas que un espacio breve
Y en llegando, ya no debe
Ni esclavo hallar, ni señor.
Porque es la amistad un don,
Mas puro que las corolas
De las gallardas violas
Que rinde agosto al turbion.

EL AMOR.

Pero si amistad profesas,
¿Como niegas los amores?

LA AMISTAD.

Cosas distintas son esas
Y de distintos colores.

EL AMOR.

¿Conque dó reina el amor,
Otro afecto no debiera
Existir?

LA AMISTAD.

Amor no hubiera
Si existiese.

EL AMOR.

¡Oh que error!
Escúchame, pues, que es verdad
Que existe amor sin cariño.

LA AMISTAD.

Escúchame, ciego niño,
Oye, pues, á la «Amistad.»
Hay amor del corazon
Tan ardiente y tan fecundo,
Que abrasára el ancho mundo,
Con luces de la pasion;
Y hay otro afecto querido
Mas exacto y mas constante,
Afecto sencillo, amante,
Con las virtudes nutrido.
Ese afecto es la «Amistad»
Cándida, franca, fecunda,
Que el corazon nos inunda
De un amor sin falsedad.
Este don del Criador
Sin interés ni esperanza,
Es afecto que no alcanza
En ilusion al amor.
Pero tambien es verdad
Que el que lo tiene no ame,
Y al sentir de amor le llame
Ya no profese Amistad;
Cual no es posible que unidos
Existan afectos tales,
Que los dos son desiguales
En ilusion y sentidos:
Si hay amistad, no hay amor,
Y de esta si á aquel se llega,
La Amistad mustia doblega
Su cabeza al vencedor.

EL AMOR.

¿Y por qué no han de existir
Amor y Amistad unidos?

LA AMISTAD.

Porque sueños atrevidos
Dá el amor al porvenir.
Al paso que la amistad
Tan solo ofrece su gloria
En darla sin vanagloria
A un ser y sin falsedad.
Distintos fines los dos
Llevan al seguir su senda.

EL AMOR.

Pues, Amistad, quien te entienda,
Que yo no te entiendo; Adios—
Y bajando muy despacio
Por la montaña y sereno,
Perdióse cual blanco cisne
Entre las selvas ligero.
Y quedóse la «Amistad»
Sola, afligida, en el cerro.
Alzando hasta Dios los ojos
De amargo llanto cubiertos.
Bajó despues de la altura
Con semblante macilento.
Y con lágrimas cual perlas
En sus divinos luceros,
Llegó á la tierra florida,
Y mirando al firmamento
Así exclamó la Amistad
Elevando su voz al céfiro.
«Tu lees en mi corazon
¡Oh señor á quien adoro!
Aquí sumisa te imploro
No destruyas mi pasion;
Si no encuentro á quienes dar
Esta amistad que convido,
Tan solo á tí, Dios querido,
A quien el mundo he de amar.»
Dijo, y cruzó por el bosque
Cual por el vergel ligero
Cruza y se pierde aéreo silfo
De argentado y puro seno.

M. SIERRA y L.

LA BERLINA.

A MI AMIGO D. JUAN JOSÈ BUENO.

SONETO.

Pulsa, vate, otra vez, la maga lira,
Que el ispalense con placer oyera,
Cuando cantó de *paz* (1) la hermosa era
Y de la muerte en *lo pasado* (2) el ira.

A Sevilla (3) cantaste, ella te admira,
Y ansiosa y muda tu cancion espera;
El mismo cielo que inspiró á Herrera,
El mismo cielo azul, tu mente inspira.

Suene tu lira y del Olimpo el coro
Aplaudirá sus sones acordados
Con entusiasmo y con placer profundo,
Y al escuchar tu cántico sonoro
Coronas de laurel por todos lados,
Arrojará á tus pies confuso el mundo.

JUAN JACOBO DE FUENTES.

UNA LAGRIMA A UN RECUERDO.

SONETO.

No te avergüences, sal, lágrima ardiente
Fundida en el crisol de la amargura,
No te detengas, sal, sublime hechura
Del sello del dolor que está en mi frente.

Agua que brota el corazon doliente
A fecundar la que en mi pecho aun dura,
La fé del corazon que en él fulgura,
Fé que no ajó el dolor, ¡ay! inclemente.

Las creencias en mí no se apagaron,
Y si lamento mi ilusion perdida
Con llanto de dolor, no es á su gloria.
Lloro las que crei y marchitaron,
Que el amor que ilusion brindó querida,
Solo conservo de él, triste memoria.

A. SIERRA Y L.

Sin la viñeta
Es imposible,
Aunque sensible,
Berlina dar.
Y en cambio damos
Buenos, completos,
Cuatro sonetos
Que han de gustar.

A. J... C...

SONETO

Amarte ha sido mi ilusion primera
Desde que vi tu celestial semblante:
Mi pensamiento desde aquel instante
Fué entregarte, muger, el alma entera
Ay! que tu vista para mi hechicera
Fué un vertigo cruel, pues delirante,
Ciego corria por el mundo, errante
Buscando el corazon que en ti pusiera,
Mas todo ya acabó..! fatal vacio
El corazon encuentra.! nada aguarda..!
No es destino fatal, responde, el mio?
Venga la muerte pues; por qué se tarda?
¿Qué puedo ya esperar?-- solo la muerte.!
Porque imposible me es aborrecerte.

FAUNO.

(1) Oda
(2) Silva
(3) Canto épico

AL SOL.

SONETO.

Rasga del cielo el manto tenebroso,
Y sale el Sol en la mañana pura
Desplegando su roja vestidura,
Dando á la tierra un fuego luminoso;
Y en diamantino coche esplendoroso
En marcha audaz recorre la ancha altura,
Dando su viva luz á la natura
En rayos mil de su poder grandioso
¡Oh tu, padre del dia refulgente!
Deten tu marcha bella, magestuosa,
Y antes que ocultes tu radiosa frente,
Deja que admire de tu faz grandiosa
Esa luz que derramas tan ardiente,
Y dime á quien le debes tu potencia
Y á quien ese volcan, esa ecsistencia.

SILENO.

MADRID: IMPRENTA DE D. FERNANDO DE CASA-NOVA.
Calle de la Ballesta número 4 cuarto principal.

Biblioteca Nacional de España